

Correspondencia episcopal

Nuestras 'armas' son la oración y la caridad

Queridos hermanos:

En los orígenes de la cuaresma está la preparación de los catecúmenos para recibir el bautismo en la noche de la vigilia pascual y de los penitentes para recibir el perdón de sus pecados. Para nosotros bautizados, sigue siendo la oportunidad anual de renovar nuestras promesas y nuestro compromiso cristiano desde la certeza del amor misericordioso que Dios nos tiene.

Cuando revisamos nuestra vida desde el amor incondicional de Dios, enseguida quedan al descubierto la indiferencia y el individualismo que impregnan nuestro estilo de vida. Nuestra sociedad del bienestar nos lleva a buscar un disfrute sin problemas, desentendiéndonos de los demás, y teniendo como criterio único de actuación la utilidad o el interés. Pero esto en el fondo nos deja insatisfechos porque va contra nuestra propia naturaleza: estamos hechos, a imagen del Creador, para darnos, para entregarnos sin límite como Dios. Las personas humanas tenemos el corazón para amar y para vivir en relación con los demás. Como cristianos, por nuestro bautismo, somos testigos ante el mundo de que solo el amor recibido y donado, que nos hace salir al encuentro del otro, nuestro hermano, nos hace verdaderamente felices. La vida que recibimos de Dios se acrecienta dándola y se apaga en el aislamiento egoísta. Quien no se lanza mar adentro, nada sabe de la alegría de quedarse sin amarras, apoyado sólo en Dios, más seguro que el mismo océano.

En estos momentos en que la guerra se ha asomado terrible a nuestras vidas sin esperarla, estamos llamados más que nunca a ser testigos de la paz: la reconciliación con Dios Padre es la verdadera fuente de la paz con nosotros mismos y con los demás, en la familia, en la sociedad, en el mundo. Los horrores de la guerra echan por tierra nuestras pequeñas seguridades y nuestra vida cómoda apoyada solo por el bienestar material. La escalada de la violencia sin sentido y sin control que provocan las guerras es una amenaza para todos, pues nunca se puede saber hasta dónde pueden llegar.

Nuestras armas no son cañones ni misiles, sino la oración y la caridad. A algunos les pueden parecer pobres instrumentos para que cese la guerra. Son las únicas armas que vienen de Dios y permiten actuar a su Espíritu, que mueve los corazones al entendimiento y a la solidaridad. Poniendo su vida en manos del Padre y amando a los suyos hasta el extremo, Jesús venció la muerte y puso en paz todas las cosas, las del cielo y las de la tierra.

Hemos comenzado la cuaresma con un llamamiento urgente del Papa Francisco para que cese la guerra en Ucrania. La oración nos lleva a la acción, a la atención a los hermanos que sufren sus consecuencias. La Iglesia, junto con las instituciones de la sociedad civil, está comprometida con la atención de las víctimas en Ucrania y de los desplazados en otros países. Que también nosotros pasemos de la intercesión al compromiso, en la medida de nuestras posibilidades, con esta emergencia humanitaria uniéndonos a Cáritas y a todo el Pueblo cristiano que se siente interpelado.

Con el deseo de una santa cuaresma, reciban mi bendición,

+Jesús Pulido

